

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR FERNANDO ORTIZ MONASTERIO, CON MOTIVO DE SU TOMA DE POSESION COMO PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, DURANTE LA SESION SOLEMNE DE INICIACION DEL CXI AÑO ACADEMICO

Se me ha conferido, en verdad, un grande honor al elegirme Presidente de esta Corporación. Acepto profundamente agradecido y lo recibo con la humildad que impone la conciencia de mis propias limitaciones. Veo de cierto modo en esta designación, el reconocimiento a la especialidad que practico; el espaldarazo que confiere mayoría de edad a la disciplina de la Cirugía Plástica Reconstructiva. Este arte, que ocupó la atención de los médicos desde la más remota antigüedad, se incorpora a la ciencia en el transcurso de este siglo, como la rama de la medicina que, en el tratamiento de las heridas y las deformidades, pretende alcanzar la evasiva meta de la *restitutio ad integrum*.

Llego a este puesto con una clara visión de las responsabilidades que implica y decidido a emplear lo mejor de mi tiempo, esfuerzo e imaginación para mantener el paso establecido por los ilustres académicos que me precedieron.

El conocimiento, por siglos limitado a una minoría, se convirtió, en época relativamente reciente, en privilegio de un grupo selecto, pero todavía pequeño, para hacerse finalmente accesible a las grandes masas con la apertura de las fuentes de información y el prodigioso avance científico de los últimos años.

La Academia Nacional de Medicina inició sus trabajos en el clima de esa segunda etapa del conocimiento; un selecto grupo se reunía para discutir los avances de la ciencia y comunicar el fruto de sus

observaciones y recién adquiridas destrezas.

En medio de ese universo, en apariencia pequeño (que se antoja ahora en retrospecto como casi provinciano), los fundadores de esta casa supieron poner el impulso vital que la ha mantenido en marcha por más de cien años.

La inteligencia, el carácter, el valor y la luz del espíritu son propiedad personal del individuo. No provienen de organizaciones o grupos; se hallan sólo en la mente y el corazón de cada hombre cuyo impulso creador hace brotar la producción intelectual.

Es así como los anteriores presidentes de esta Corporación, hombres de ciencia con sentido de universalidad, conscientes del proceso histórico y perceptivos a los profundos cambios sociales, pusieron la chispa de su espíritu y sus impulsos creativos para adaptar la estructura de la Academia y mantenerla actualizada con el pensamiento contemporáneo.

En los últimos decenios se abrieron las puertas que aislaban una élite de científicos rodeados por una atmósfera que comenzaba a enrarecerse. Con el aire fresco entraron jóvenes que practicaban disciplinas entonces recién desarrolladas; se escucharon conceptos distintos y reverdeció el árbol con la savia nueva.

La transición de la práctica de la medicina individual a la de instituciones que velan por la salud de grandes grupos, planteó la necesidad de repetidos cambios.

Se modificaron estatutos y se dio fluidez a la marcha del trabajo colectivo de los académicos. Se pusieron en ejecución múltiples actividades de enseñanza y se subrayó el papel de la Academia como palestra donde deben discutirse los temas médicos de interés general.

Las varias facetas de estos problemas generales originaron la formación de grupos multidisciplinarios de trabajo, cuyos frutos se empieza ahora a recoger.

El derrotero de esta Academia aparece bien definido. Veo con claridad la responsabilidad de mantener continuidad en los programas y la obligación de estar alerta a los constantes cambios de los tiempos.

El deseo de trascender encuentra en la enseñanza su más claro camino. Nuestra Corporación ha tomado conciencia de su responsabilidad en la elaboración de programas educativos, en la difusión científica y en la educación continuada de los médicos. Es necesario seguir y, de ser posible, complementar estos esfuerzos. Con las preceptorías se pretende añadir otra faceta a las actividades educativas de la Academia.

Por siglos se ha seguido la tradición en la que el alumno escucha y dialoga con el maestro, lo sigue junto al lecho del enfermo y observa su actuación.

La presentación verbal de un tema, la discusión hecha por un grupo de expertos, es sumamente valiosa y proporciona enseñanza simultáneamente a grupos numerosos. Está limitada, sin embargo, por factores de tiempo y forma que restringen las demostraciones prácticas y la participación directa del alumno. Para establecer un puente se ha pensado en el sistema tutorial.

La generosa aceptación de los señores académicos ha permitido elaborar un pro-

grama donde se ofrece a todos los médicos la oportunidad de visitar en su medio de trabajo, a los más distinguidos profesores en diferentes disciplinas. El alumno tendrá así la oportunidad de ver de cerca por unos días, aspectos teóricos de una especialidad y sus aplicaciones prácticas; encontrará el ambiente propicio para hacer preguntas, dialogar y obtener información directa sobre múltiples aspectos de la organización y la rutina diaria, en apariencia triviales, pero que en verdad son muy importantes y producto de una larga experiencia.

El desarrollo vertiginoso de la ciencia y la consecuente fragmentación en especialidades, hace cada día más imperativo limitar los trabajos de la Academia a problemas de interés general. La comunicación breve de las primicias de investigaciones y trabajos realizados por los académicos enriquece nuestras sesiones y debe persistir. Pero si hemos de cumplir con nuestra responsabilidad, conviene enfocar los esfuerzos para hacer una síntesis de los avances científicos recientes, lograr la vista panorámica y presentar una versión ponderada y actualizada del pensamiento científico.

Como médicos, debemos dar a la investigación un sentido político, en la acepción que Platón daba a este término: para la *polis*, para la sociedad. Habremos de ocuparnos entonces de los problemas fundamentales de la medicina y la sociología, tales como la atención de la salud en todo el país; el tipo de profesionales que se requieren para el futuro y los ajustes técnicos y filosóficos que deben darse a su formación. Convendrá reflexionar, a la luz de los conocimientos modernos de genética, sobre el control de padecimientos congénitos que afectan a

uno de cada cien mexicanos, y sobre la recuperación de un medio ambiente habitable y estimulante.

Como en ninguna otra época de su historia, el actual gobierno, ha hecho participar a la Academia en el Consejo de Salubridad General. Precisa que la índole de nuestros trabajos salga del recinto del laboratorio, del hospital y aun del extenso panorama de la medicina institucional, para ocuparse de temas relacionados con la supervivencia y el bienestar de todos los habitantes del país.

En problemas tan vitales como el hambre es necesario revisar el tema en sus aspectos más amplios; entenderlo como un proceso que asola cíclicamente a la humanidad desde tiempo inmemorial, adentrarnos en sus graves repercusiones sociológicas, buscar soluciones.

No podemos analizar este fenómeno como un conjunto de sensaciones subjetivas ni limitarnos a escudriñar en los cambios bioquímicos y enzimáticos que produce a nivel celular. A pesar de su importancia, no basta tampoco con estudiar el grave problema de la desnutrición. Debemos escuchar a nuestros historiadores y sociólogos y llamar a los expertos en genética agrícola, en biología marina y contribuir a la elaboración de programas que aseguren para siempre el equilibrio entre población y recursos alimenticios.

Como científicos, estamos convencidos de que la investigación y la tecnología deben continuar su marcha. Tenemos la obligación de hacer planes a largo plazo, prever las necesidades que deben satisfacerse dentro de 50 años; las características de los médicos y sus relaciones con los enfermos.

La relación médico-paciente, base del ejercicio de una medicina para el hombre,

ha sido analizada desde tiempos remotos y ha sufrido cambios conceptuales importantes.

Los griegos coloniales del siglo V antes de Cristo, los asclepiades hipocráticos de Cos y, antes que ellos, Alcmeón de Crotona, dieron el paso más trascendental en la historia cuando iniciaron el camino de la medicina técnica.

Al incorporar la idea de la *physis*, de la naturaleza de las cosas, establecen el fundamento de la cognoscibilidad de la misma por medio de la razón. Se fija así el principio de la *physiologia*, o saber científico acerca del hombre, basado sobre la observación, la experimentación y el raciocinio.

Las relaciones de estos primeros médicos con sus enfermos se fundan en el sentimiento amistoso hacia el paciente y el amor al arte de curar. "Donde hay filantropía, hay también filotecnia" dicen los preceptos hipocráticos. Los vocablos, sin embargo, dejan dudas sobre el verdadero contenido social de la medicina griega. Los escritos de Platón aclaran más tarde que eran distintos el tratamiento de los esclavos, la asistencia a los hombres libres y ricos y el cuidado que recibían los enfermos libres y pobres. Al establecer estas diferencias, condicionaron su saber a la estructura social que imperaba en la *polis*.

Al declinar la cultura helénica aparecen unos hombres oscuros venidos de Palestina que se hacen llamar cristianos y que comparecen ante la historia proclamando una novedad radical en la vida; una versión nueva del amor al hombre.

En el origen mismo de la concepción cristiana de la vida, la relación entre médico y enfermo había de ser entendida como un acto de amor.

Al concepto del amor al hombre se incorporan los conocimientos técnicos griegos que sobreviven en el mundo occidental a través de la Edad Media y el Renacimiento. La idea de racionalidad y la comprensión integral del hombre, casi se olvidan en este largo periodo. Persisten aislados pequeños focos de luz, donde se conserva hasta la época moderna la tradición del pensamiento clásico.

En la sociedad burguesa la relación médico-paciente adoptó un sesgo peculiar ante el choque entre una patología que postulaba la objetivización del enfermo, su reducción a un "objeto natural" y una práctica que utilizaba datos psicológicos y sociales sólo inteligibles concibiendo al paciente como persona.

Cuando los avances sociales permiten entrever una atención médica equilibrada; cuando los hombres conocen su derecho al cuidado de la salud y los médicos redescubren que su paciente es una persona dotada de inteligencia, intimidad y libertad, se vislumbran nuevos problemas.

Tras largos milenios de búsqueda estamos convencidos de que la medicina puede sólo ser concebida como una ciencia dedicada al hombre, pero hoy corremos el peligro de que la creciente tecnología y el empleo de la cibernética en muchos aspectos del diagnóstico y la terapéutica, resultante deseable del progreso y de la necesidad de atender a grupos mucho mayores, nos hagan perder nuevamente el camino.

Este y otros problemas similares deben ser estudiados por la Academia para planificar con imaginación y valentía la es-

tructura de la enseñanza y fijar las bases de una filosofía de la ciencia que, en el universo del médico futuro, establezca equilibrio entre la curiosidad científica, la responsabilidad social y las motivaciones indispensables para la relación interhumana con su enfermo. La consecuencia de esta concepción filosófica deberá producir el sentido de una misión en la cual se dé primacía a lo espiritual, al valor supremo del pensamiento.

Actuando individualmente no es posible lograr metas ambiciosas ni cambiar de sitio las fronteras actuales. Pero con el esfuerzo conjunto de todos los académicos se puede hacer eso y más.

Es el tiempo para ver con realismo los problemas de México y las limitaciones de recursos que la geografía y la cultura nos imponen; romper, como ha hecho otras veces la Academia, con los marcos rígidos.

Si en el pasado se abrió la torre al pensamiento nuevo y, más tarde, se incrementaron los contactos con el exterior, ha llegado el momento en que los hombres de ciencia, no sólo los médicos sino de todas las ramas del saber, abandonen su reducto y se relacionen en el nivel más íntimo con los importantes problemas nacionales.

Es también el tiempo de mantenernos en el cruce de los caminos y considerar la ciencia no como empresa intelectual sino como un mecanismo de influencia en el destino de los hombres y recordar, como dijera Ortega y Gasset, que el hombre tiene una misión de claridad sobre la Tierra.